

LA REVISTA

Revista Taurina Ilustrada.

Administración: Calle del Arenal, 27.—Madrid.

PRECIOS PARA LA VENTA		PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.....	Ptas. 2,50	Madrid: trimestre.....	Ptas. 2,50	Ordinario.....	Ptas. 0,25
25 " extraordinarios.....	5	Provincias: ".....	3	Extraordinario.....	0,50
		Extranjero: año.....	15		

Quedan reservados todos los derechos de reproducción.

Número ordinario. MADRID: Lunes 4 de Julio de 1898. Precio: 15 céntimos.

AÑO XVII

NÚMERO 16

DISERTACIONES CLÁSICAS

El toreo de capa.

El entronizamiento del estilo de torear á quiebro y cambio, como todo lo que ofrece novedad, tenía fervorosos admiradores. De la vieja escuela no quedaban como venerandas reliquias más que Dominguez y Cayetano, Curro Cúchares y La Santera; y como fino imitador José Manzano (el Nili), diestro con quien se ha cometido la injusticia de obscurecerle en términos tales, que ni aun el maestro escritor taurino, el inolvidable Sánchez de Neira, llegó á ocuparse de él sino como por incidencia y desfavorablemente.

La juventud torera, viendo que producía oro el quiebro del Gordito, lanzóse de lleno á la imitación, y copiando las maneras del favorecido por la suerte diestro sevillano, impuso al fin el nuevo estilo declarado útil, hermoso, sublime y de moda. El quiebro, pues, fué una completa dislocación, y por él se olvidaron los clásicos quites, los magistrales pases de muleta, el sublime sorteo de las reses con la capa.

No quiero rebajar el mérito de otras suertes ni menos la de la expuesta y difficilísima de estoquear, reputada como la llave que posesiona al torero de todos los conocimientos; pero piense el lector, y fíjese en lo que significa y vale el capeo, y convendrá conmigo que, ejecutado con toda la intención, fina manera y elegante adorno, mostrándose sonriente y sereno el diestro, fijos los pies y suelto de brazos, es de belleza tal, que si el ejecutante posee la estética, no ha de concluir los diversos lances sin que le satisfagan y enorgullecen las salvas de aplausos.

Las suertes de capa tienen su oportunidad para el diestro y su razón para el toro: si éste no es bravo y carece de piernas y vigor, aquél quedará deslucido, porque entonces no se produce el efecto deseado, y nada menos airoso que un diestro llame con la capa, y antes de entrar en jurisdicción la res, se escame y se escupa, quedándose como se dice en término de afición, *sin toro*.

Los lances, pues, han de ser con objeto, y además pueden prodigarse si el poderío del toro, aun después de picado, resiste por fiereza y locomoción que un diestro se luzca. Es más: en determinadas reses conviene el capeo á la *verónica*, si en el acto de la muerte por demasiada entereza no se abate de cuello con los pases de muleta, y hay que igualar por el castigo el movimiento para que desaparezcan los derrotes incasantes que dificultan la buena colocación de la cabeza. Montes, que fué un capeador sublime, en los momentos á que aludo mandaba y consentía que un Capita ó La Santera diesen al toro varios lances, entrando él después con la muleta. La razón es obvia; castiga y produce mayor daño al toro el que le capeen *consintiendo*, que no que le pasen de muleta de este ó del otro modo. Un toro bien capeado se desafiña, y á mayor velocidad y codicia más fácilmente. Un ejemplo pondré que ningún aficionado antiguo osará desmentirlo: Manuel Dominguez, cuando con aquella maravillosa manera dejaba llegar á un toro y le repasaba varias veces en lauces naturales, veíase luego en la carnicería, al descuartizar la res, que los riñones aparecían inflamados.

Yo creo que el público de presente que tolera que se den capotazos de mil modos para que doble un cuatreño con una cuarta de estoque, no se sublevaría

si viese practicar el capeo á *toro vivo* y tal como explicado queda.

Pero contrayéndome al principal tema de este trabajo didáctico, haré historia.

El toreo del Gordito se impuso porque la juventud gusta de lo nuevo y está siempre en el caso de alegrarse, huyendo de esa austeridad que reclama lo clásico. No entiende lo que es esto, no lo concibe, y como no lo ve palpablemente una tarde, otra y cien más, no percibe su belleza, y entonces si que se convence de su error.

Todos los espadas que se han entregado al *floreo* de quites á los picadores, así como á los aprovechamientos de los *viajes* para dar el quiebro en pie, hincada una rodilla ó las dos, es porque no han sabido torear de capa ni han tratado de aprender, poniendo en los ensayos toda la mayor suma de voluntad.

Un ejemplo, y no cito á un muerto que no puede desmentirme.

Hace ya muchos años — lo menos dieciséis — que en amigable conversación exponía al digno diestro Carancha lo conveniente á sus fines: si había de encariñarse con la suerte de matar recibiendo, que se ensayase en las diversas de capa, recordándole yo á este propósito que años atrás, y en cierta plaza, hube de verle gratamente capeando á la *verónica* y de *farol*.

— Comprendo, si — me dijo — lo que usted dice; pero los públicos de ahora no están por eso.

— Es error; los públicos están por todo lo que se haga. Lo importante es que se capee bien y así gustará; porque sacudir el capote como quien suelta el polvo de la ropa, y dar saltos y tronzados yendo á parar de cara á la barrera ó largando el engaño, eso sí que no se aplaude.

Y no hubo más.

Pasaron los años, y mi amigo Sánchez del Campo subía en prestigio, declarándosele un torero serio que no tenía necesidad de recurrir á malos medios para verse aplaudido. Se había aficionado al toreo de capa, le iba comprendiendo, y si bien no salía de la *verónica*, la *navarra* y el *farol*, la perfección y la finura que cada vez más demostraba, valiéronle ovaciones tan justas como merecidas. No era un Montes, no era un Redondo, tampoco un Dominguez ó un Cayetano, pero era un excelente capeador á quien nadie se le ponía por delante.

— ¿Lo vé usted? — dijele en cierta ocasión en que alcanzara sublime triunfo en el coso sevillano. — Así y sólo así, es como gusta al público profano ó inteligente ver torear de capa. Y se sonreía con esa íntima satisfacción que produce el verdadero conocimiento de lo bueno.

Ya tenía la afición otra moda, aunque bien antigua, porque lo bueno no envejece.

A excepción de los viejos espadas que jamás quisieron aprender ese toreo, los noveles dedicáronse á ejecutarle, y desde entonces, diestros de *alternativa* y novilleros soñadores de un porvenir metálico, no pasan corrida sin que capeen una res de las seis de la función.

¿Cómo lo hacen? En llegando á este punto si que debo ponerme serio y criticar duramente.

Principio por decir que necesaria é indispensablemente debe usarse para capear una amplia capa de seda asagrada, fuerte y consistente, y además con un poco de aderezo. Hasta que no vaya á servir debe estar en poder del mozo de capotes; pues como digo, tiene su objeto, y lo llena á la perfección en el momento propicio. Capear con el capote de brega laxo, sucio, retorcido por las constantes plegaduras para otros

lances del toreo no resulta, aparte de que por su flojedad no se mantiene en ciertos giros con la tiesura conveniente; y de atraerlo hacia el cuerpo, y en particular en la *navarra*, *farol* ó *gallo*, puede ceñirse y ser esto causa de cogida, *embroque* ó total deslucimiento. Creo que con esta explicación no se me podrá tildar de que discurro á tontas y á locas. Tal como lo digo lo ha efectuado Carancha, teniendo en cuenta que los que le han precedido así lo hacían á su vez.

Pues bien; descarto á Mazzantini, que no tiene afición al capeo, y me dirijo á Guerrita, el único que sabe de arte por principios. Este diestro, que posee elasticidad de brazos, flexible cintura y *viste* en grado superlativo, hace lances admirables con el capote de brega, y no ha llegado á dominar el buen estilo, el clásico, de torear de capa.

No concibe esa grata dulce atracción del toro, ese compás elegante de Cayetano y Dominguez en el sorteo á la *verónica*; menos penetra en su mente la ejecución de la *navarra*, por lo cual jamás ha osado practicarla; y sólo en la suerte de Pepe Illo, de *frente por detrás*, es donde alguna que otra vez se le ha visto casi clásico *vaciando* al toro metido en la *cuna*. Es digno de censura que un hombre tan inteligente, tan plétórico de salud y poder, no sea completo por ese lado del arte; y más censurable que *parando* y *corriendo* á su sabor con banderillas, con el capote terciado sobre el *brazo*, no haya intentado nunca hacer el *gallo* con la capa puesta sobre los hombros. Si aprendiera esta gallarda suerte, si la ejecutase á la perfección, estoy seguro que gustaría más que esas *piruetas* en la de banderillas, y esos *adornos* que, por abusivos, empalagan. Si en ellos tiene imitadores, no ocurriría lo mismo con el *gallo*, pues muchos que pasan por valientes, se *comprimirían*. Guerrita es el único con condiciones para esa suerte. La cosa es difícil si se ha de hacer bien; pero cuánto no subiría en méritos si el cordobés instaurase una suerte perdida con el Tato y Carmona (Manuel), últimos eslabones, aunque mediocres, de aquella hermosa cadena de diestros clásicos.

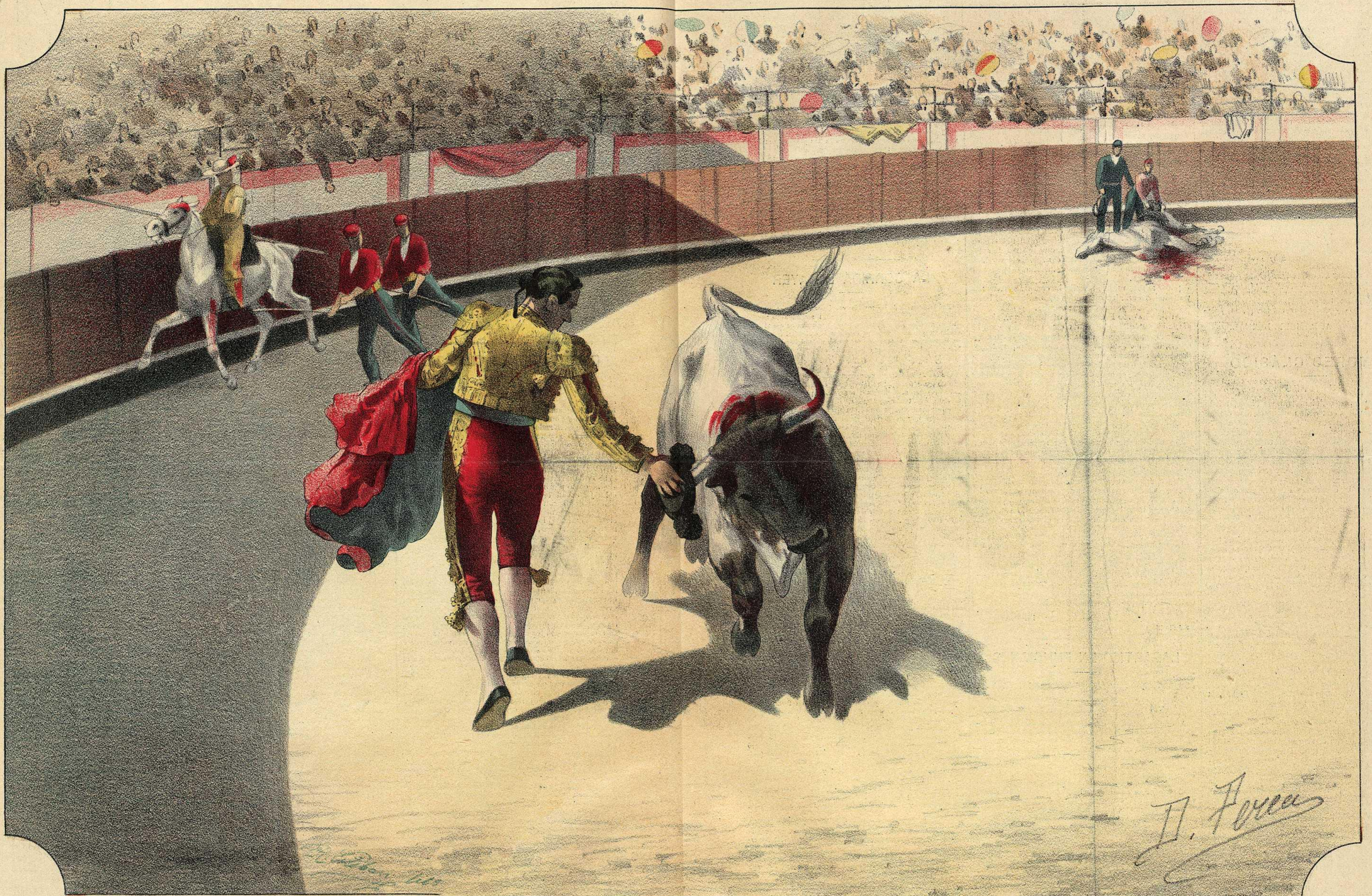
Otras suertes bonitas y no difíciles hay, que están olvidadas. La *aragonesa* que llaman algunos, y que los clásicos denominan *suerte de costado*, es, sobre airoso, un *pase* que, haciéndolo con giro de pies, resulta, ya sea cruzando la mano por delante, ya por la espalda, de un efecto precioso. ¿Por qué no se hace esta suerte?

La de *tijerilla* ó *á lo chatre*, es también otra suerte olvidada, y por su factura, cruzando los brazos, requiere cierta impavidez en quien la ejecute, en razón á que de retrasar ó adelantar el movimiento, puede resultar cogida si el toro no es muy sencillo en el arranque.

Con harto sentimiento debo censurar ahora, tanto á los diestros como á los escritores taurinos y público que se entusiasman cada vez que se ejecuta — y ya se ve harto frecuentemente — esa suerte incolora, mustia y ramplona, que han dado en denominar *al alimón*, no sé por qué similitud inaplicable á cierto juego infantil. Los clásicos, al hablar de esta suerte, dicen sencillamente *capear entre dos*; mas los aficionados antiguos, en sus tertulias, como asimismo los toreros viejos, la han llamado la *suerte del puente*, con notoria oportunidad.

Es cosa sencillísima, y tanto, que basta fijarse en lo que ocurre en las capeas de los pueblos, para comprender el ningún mérito. Dos hombres, con sólo no tener miedo, toman una manta cualquiera por los extremos, y cambiando de mano á cada pase del buey

LA LIDIA



J. Forcas

bravo ó novillo, se divierten sin riesgo casi. Es, pues, así, que esos entusiasmos de la prensa y del público, huelgan por completo; pues lo único efectista se reduce á que, mareado el toro, se hinquen de rodillas los espadas, y echen tierra al hocico de la res.

En lo antiguo se hacia la suerte más valerosa y artísticamente, y voy á explicarlo. Dos banderilleros de los más diestros hacían el puente con el capote, y á proporcionada distancia, colocábase el espada con la capa abierta, y en el centro mismo de la distancia de aquéllos; á cada pasada del toro, correspondía un lance á la verónica, y de esta diversidad de suerte surgía el mérito; pues que aparte de lo artístico del grupo, demostrábase la inteligencia y acierto del espada para evitar que se *atravesase* el toro en cualquier lance, en cuyo caso, sobre ser peligroso á los que ejecutaban el puente, podía deshacer tan bonita combinación. Casi, casi tenía que ser el espada torero matemático en sus movimientos.

Aparte de esto explicado, también en ocasiones hacían los espadas la suerte de pasar con el capote terciado sobre el brazo, ya dando el lance natural, ya el de pecho, lo cual era sorprendente y expuesto, y difícil si el toro había de quedar derecho, para á continuación pasar el puente.

Guerrita, que está siempre ávido de combinaciones, de adornos y efectos, ¿por qué no ensaya la suerte para que los demás la copien?

Tengo la seguridad, la evidencia, que los públicos recibirían con entusiasmo la adopción de todas las suertes de capa, y que, implantada la buena costumbre, ganaría el arte y los aficionados; no se aburrirían de ver tanta variedad, al revés de lo que sucede hoy, que hay que buscar la *juerga*, el llo, la mímica y los desplantes en esos maldecidos quites al *doble*, al *triple* y al *cuádruple*, que constituyen la invención más antiartística que pudo soñarse.

Tomen nota mis dignos compañeros de la prensa de cuanto dejo manifestado, por amor al verdadero arte del toreo, y cumplan su misión con entera independencia y buen juicio. La crítica sensata puede remover los obstáculos y enderezar entuertos, la palabrera no.

A. RAMIREZ BERNAL.

EL TOREO CLÁSICO

FUENTES

EL veterano maestro, el inolvidable Neira, nos lo ha dicho mil veces: «No hay torero más clásico que Fuentes», y es menester convencerse de ello. Si D. José viviera, con cuánta razón nos lo repetiría, y tendríamos que prestar á sus escritos toda la atención y respeto que merecen una inteligencia poco común y una labor de tantos años. Desgraciadamente su valiosa pluma nos abandonó para siempre, y sólo nos quedan sus gratísimos recuerdos.

Muchas palmas ha cosechado Fuentes por sus últimas faenas, pero no todas las que merecía.

Digan cuanto quieran, trátense por todos los medios imaginables de extraviar la afición, prostituir el arte y arrinconar el toreo clásico; ya llegará el día en que, astiados de tranquilos, desplantes, bailes y títeres, tengamos que lamentar tanto error y tantas reputaciones sin base.

Las últimas tardes de Fuentes son de las que no deben olvidarse, y ellas me han convencido de que aún quedan restos del toreo verdad, de la escuela de los maestros.

Aún me parece estar viendo el diestro sevillano en aquel par de banderillas que por sí sólo basta á dejar bien sentada la fama de un torero.

En la 11.^a corrida de abono, Fuentes, á petición del público, cogió los palos, y con una voluntad *frascuelina*, se dispuso á banderillar al sexto toro, y á ejecutar á toda costa la suerte del quiebro.

Tarea imposible tratándose de un bicho quedado que acudía cerniéndose de puro escamón.

Cuatro ó cinco veces citó Fuentes, y todas en vano; aquel torillo no arrancaba, y era menester apurar los recursos del arte y del valor para vencer tan grandes dificultades. El público se impacientaba, y por fin el diestro consiguió que la res se fijara, citándola á gran distancia, alegrando con el cuerpo y emprendiendo el arranque derecho hacia la cara. De este modo logró Fuentes hacer al de Cámara que acudiera; en este supremo instante, al ver venir la fiera, Antonio, parando con el aplomo y la elegancia *suyas*, marca la salida con precisión admirable, se recoge hacia adentro, y el vando los codos, clava en los *rubios* aquel par inmenso.

¡¡Bravo, bravísimo, Fuentes!!

No habrá quien dude que para hacer todo esto es preciso *ver llegar* y poseer el arte á la perfección. No es lo mismo hacer un simulacro de quiebro, que dejarse acariciar los caireles por las astas de un toro, y conservar los pies clavados en firme y la vista fija en las agujas.

Esos pares cambiando los terrenos por la voluntad única del banderillero; esas pasadas á la carrera ganando tierra por pies; esos saltos y piruetas tan de moda, podrán ser muy bonitos y premiarse con grandes ovaciones, pero ni eso es lo clásico, ni se aproxima á la verdad.

Lagartijo y el Gordo, inimitables maestros, no practicaron esa escuela jamás.

En el trasteo, Fuentes es modelo de arte y de perfección. Erguido siempre, alargando los brazos, despejándose las reses para recogerlas entre los vuelos de la muleta, remata los pases como nadie. No emplea nunca esos muletazos de tranquilo que hoy se aplauden, y cuyo principal objeto es marear á los toros para herir á mansalva de estampía, pasando la cabeza por sorpresa.

Fuentes ha dado pases que son verdaderas filigranas, cambios ceñidísimos, redondos artísticos, preparados de pecho de pitón á rabo, sin apelar nunca á las zaragatas de tan mal gusto que sólo arrancan los ¡¡olés!! de cuatro imbéciles.

La última tarde que toreó no quiso la suerte acompañarle; iba á escribir su mejor página, buscaba á cualquier precio los aplausos, y en los tres toros que lidió supo encontrarlos unánimes y entusiastas.

Fuentes había elegido una corrida de toros, no de raquílicas monas.

El tercero, llamado *Perdigón*, era de gran tamaño, duro y bravo; el matador le toreó de muleta con aplomo é inteligencia, logrando igualar después de lucida faena, pero la embriaguez de las palmas y el deseo de coger las *agujas* con un buen volapié, le hicieron arrancar en peligrosa rectitud, estrechándose en la *reunión* más de lo debido, hasta el punto de salir enganchado y volteado.

Y es que Fuentes ha tenido siempre la gran desgracia de no recibir siquiera un buen consejo. En tardes malas todo se vuelven censuras, pero todavía no ha encontrado en la crítica nada que le sirva de saludable lección, aquí donde hasta el más inocente y cándido escritorillo se permite enmendar la plana al mismo Montes.

¡Cuánto más valdría templar la censura sistemática y sustituirla con algo que ponga de manifiesto el buen deseo y la inteligencia del que escribe!

Aún no ha oído Fuentes una voz amiga que, al elogiarle las verónicas que él da con tanta maestría, le señale el inconveniente de lancear de capa junto á las tablas, donde es difícil mejorar el terreno perdido, y donde las cogidas son más frecuentes.

Aún no ha habido quien le llame la atención sobre lo expuesto que es entrar á matar una res no igualada, y en cambio, los taurófilos impacientes contemplan, sin inmutarse, cómo el matador se deja caer en la cuna, no pensando siquiera en el peligro. Esta es su mayor desgracia.

La crítica escueta, sin añadir el más ténue razonamiento, es en extremo cómoda y fácil.

Sin pretender hacer profecía, ya se pueda asegurar, que si Fuentes logra orillar los peligros del aprendizaje, será el torero más completo y más clásico, y siempre el maestro de la gente de coleta.

Podrá, por una aberración de la inteligencia, desconocer el mérito; pero si una cogida no nos destruye lo que es hoy una esperanza, con el tiempo podremos contemplar toda la seriedad del toreo clásico, cuya verdadera escuela ha encarnado en el diestro sevillano.

Lector amigo, si en cuanto va escrito adivinas, no sólo un elogio que creo merecido, sino una censura á determinada escuela y un ataque trpemente embozado, guarda el secreto; yo admiro tu perspicacia, y me declaro impotente para luchar con la oleada que parece acabar con la afición.

Déjala pasar, y después hablaremos.

PIRRACAS

3 Julio 93.

LAGARTIJO EN FUNCIONES

(LA BECERRADA DE LOS FUNCIONARIOS CIVILES)

Para dirigir la becerrada que con un fin patriótico organizó la Asociación de funcionarios civiles, que se celebró el viernes en la plaza de Madrid, se anunció que dirigiría la lidia el célebre Rafael Molina (Lagartijo), retirado hace seis años de la profesión, y que, en unión del inolvidable Frascuelo, durante una veintena de años dió á la fiesta tanto realce, contribuyendo á levantar la afición á un punto que seguramente no había alcanzado nunca.

El gran Cilifa, como le llamaban muchísimos, había venido de Córdoba expresamente para llevar la dirección del espectáculo.

Los aficionados en gran número acudieron al circo taurino para ver al coloso pisar de nuevo el redondel donde tantos triunfos obtuviera.

Y su presentación en el anillo tuvo efecto después de hecho el desfile y paseo de las cuadrillas, sin exhibición ostentosa, sino sencilla, y destacándose del grupo de los chicos, después de haberse calzado las zapatillas de torear, sentado en el estribo de la barrera del 1.

La ovación que en aquel momento dispensó el público al abuelo fué grande, entusiasta; y cuando á poco de salir el primer becero tendió el capote y remató una de aquellas largas clásicas inimitables, el entusiasmo subió de punto.

Pero aún faltaba lo inesperado, lo sensacional, lo inmenso. Al lidiarse el quinto cornúpeto, retinto, bien puesto y con más de dos años, y cuando la presidencia ordenó el cambio de tercio, Chavito cogió un par de banderillas y se las ofreció al gran cordobés.

Momento de emoción. El maestro no dudó, cogió los palos.

Lo que ocurrió después no es para descrito. Se fué andando hasta el torete, cuadró en la cabeza como él pudo hacerlo en sus mejores tiempos, y allí, con esa elegancia incopiable y esa difícil facilidad que le ha sido peculiar, dejó en lo alto del morrillo un par magistral, y saió andando con la majestad que imprimió siempre á sus suertes favoritas.

El entusiasmo se apoderó de todo el mundo que, como movido por un resorte, se puso en pie. Los bravos y los hurras ensordecían el espacio, las manos aplaudían, mujeres y hombres arrojaban al redondel cuanto podían: aquéllas las flores que adornaban sus tocados y los abanicos, y éstos cigarros, sombreros, gorras y prendas de vestir, y no faltaron ojos que se llenaran de lágrimas, y recordaran aquella época del toreo que llenara el protagonista de la escena y el valeroso Salvador.

Rafael se vió obligado á recorrer dos veces el anillo. Ovación semejante no recordamos haberla presenciado hace muchos años.

Después... después... ¿qué hay que decir de la becerrada? Que no la olvidarán cuantos la presenciaron, y que los buenos aficionados que no asistieron á ella han pasado un mal rato al saber lo ocurrido:

Que en ella Grané y Ledesma rejonearon con acierto.

Que Moncayo y Rodrigo trastearon con lucimiento y no se dejaron vivos á los beceros, que eran talluditos y bravos.

Que los banderilleros salieron del paso.

Que los matadores de toros Hermosilla, Valentin Martín, el Torerito y Bombita, en unión del gran Califa, capearon sin descanso, quitaron moñas y ayudaron eficazmente á la gente; y secundando las órdenes del gran Rafael, que oficiaba de general en jefe.

Y que el público que llenaba todas las localidades de sombra y la mayor parte de las de sol, salió satisfechísimo de la fiesta.

LA CORRIDA DE AYER

Fué la primera de las corridas *económicas*, y una de esas fiestas que pasan sin gloria ni pena; que ni son malas ni buenas, que ni entusiasman ni aburren, y que se quedan en ese término medio en que no ha lugar á censurar ni aplaudir. Para ella se enchiquieron seis toros de la ganadería andaluza de D. José Manuel de la Cámara, que habían de estoquear los espadas de alternativa, en la Plaza de Madrid, Joaquín Navarro (Quinito) y Angel García Padilla.

Obróse acertadamente consignando el aviso previo de que el ganado era defectuoso; en tal sentido el ganado pudo defenderse con los dos solos defectos ostensibles que presentó, cuales fueron ser un toro mogón y estar otro resentido de los cuartos traseros; como corrida limpia, hubiera sido muy débil y casi indefendible, aun estando en general bien presentada como lo estuvo; porque en cuanto á condiciones de lidia, á pasar de no ofrecer en conjunto dificultades de bulto para los tercios segundo y tercero, por lo que hace al primero, que es en el que se aquilata la sangre y la bravura de una vacada, cumplió á duras penas. Baste decir que el toro que más no pasó de voluntario, y que entre los seis bichos tomaron 39 varas, á cambio solamente de ocho caídas y seis caballos muertos. Verdad es también que ni una sola vez fueron picados á ley, y que en la primera suerte únicamente merece consignarse como digna de mención la voluntad del picador apodado Varillas.

Tampoco el segundo tercio ofreció grandes méritos, colocándose, sin embargo, algunos pares á los que no escatimaremos el calificativo de buenos, por los banderilleros Calderón, Rolo y Chiquilín. No hubo lugar á que ningún peón se distinguiera en la brega, ni lo pretendieron espontáneamente.

Quinito. — Como primer matador, hizo en el primero una faena compuesta de 14 pases naturales, seis con la derecha, 11 ayudados y cinco redondos al principio, aunque movida, de cerca y confiado; luego, abusando de la muleta y aburriendo al toro, que llegó incierto á la muerte, entrando á matar en dos pinchazos en hueso, á volapié, bien señalados, un metisaca y una estocada á volapié, buena, bien primera y última vez, y echándose fuera las otras. En el tercero quiso adornarse en la brega (s is naturales, uno derecha, dos ayudados, cuatro cambiados y 11 redondos), que fué más parada al principio que la anterior, pero también por prolongarla acabó por embarullarse. Con el estoque, en un pinchazo en hueso, á volapié, una estocada á volapié, tendida, pasada y caída, y un intento de descabello muy medianamente.

En el quinto (siete naturales, cuatro derecha y uno ayudado) parando bastante, y sin ser mala la faena, sin relieve ninguno. Entró muy bien á matar las dos veces en un pinchazo en hueso á volapie, bien señalado y una estocada en igual forma, hasta el puño, algo caída. Dió á este toro varios lances, perdiendo terreno, y le puso una banderilla al cambio, baja.

Padilla. — En el segundo hizo una faena de cinco naturales y tres ayudados, breve y valiente, si no muy artística. Se perfíló divinamente para el volapié y entró cerca, aunque agarró una estocada baja. En el cuarto, la brega también breve (tres naturales y tres cambiados), buena, parada y elegante. Entró á herir tan bien como antes al volapié, y clavó otra estocada baja. En el último, que alargaba el hocico, el diestro voluntarioso y con deseos con el trazo (cinco naturales, cinco derecha y uno ayudado.) Aceptable hiriendo en un pinchazo á volapie, bien señalado, una estocada á volapie, algo ida, y un descabello á la segunda.

Al salir de un pase, cayó delante de la cara, de espaldas, sin más consecuencias que cojeir algo al levantarse, pero continuando. Ofreció cinco lances al cuarto, alguno bueno y parando.

Todo lo demás, pasadero. Presenciaron la corrida en el palco 114, Lagartijo (que fué ovacionado), Hermosilla y el Torerito, y en el 112, Fuentes.

Gente, regular tal cual;
la presidencia acertada,
y la tarde transportada
á Madrid, del Senegal.

DON CÁNDIDO